EL SECUESTRO DE MARTÍN PEREDA

Raúl Tort

Primera edición, septiembre de 2020
©Raúl Tort, 2020
Diseño de portada
© Daniel Miró

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Dante Aligheri, 123
08032 Barcelona
www.avanteditorial.com
editores@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)
Este libro ha sido impreso siguiendo las normativas:
UNE — EN — ISO — 14001 de gestión ambiental
UNE — EN — ISO — 9001 de gestión de calidad
ISBN: 978-84-18460-43-2
IBIC: FA
Imprime Podiprint
Impreso en la Unión Europea

EL SECUESTRO DE MARTÍN PEREDA

Raúl Tort

avant
editorial
www.avanteditorial.com

El Informador Argentino
Edición matutina

Martes 24 de diciembre de 1954

Último momento: ¡Secuestro en Buenos Aires!

Primicia exclusiva: este periódico está en condiciones de asegurar que se ha secuestrado a un niño llamado Martín, hijo mayor de Feliciano Pereda. Familia consternada. Piden cuantioso rescate. La sociedad porteña conmocionada.

PRIMERA PARTE

1

LA MANO EN LA TRAMPA

Argentina - Año 1953

—Ustedes sólo tienen que seguir mis instrucciones. Van a actuar sobre seguro. El chico debe estar viniendo hacia aquí, en tren, vía Santa Rosa. Salió de una estancia de La Pampa en compañía de su padre. Llegarán a Buenos Aires mañana temprano. A partir de entonces, comenzarán su trabajo. Tal como les prometí les he traído unos pesos para que puedan empezar la labor que hemos convenido. Alójense en algún hotel cercano al *petit hôtel* de la familia Pereda, porque en lo sucesivo deberán hacer una estrecha vigilancia sobre el niño y quienes lo rodearán. Quizás deban emplear más de una o dos semanas en esa tarea… sin impacientarse, tal como ya se los había dicho. Será tiempo bien invertido.

»Yo les avisaré cuándo dar el golpe. Será recién a partir del día en el que haya dinero disponible en manos de la familia, circunstancia que facilitará el pago. Cuando así ocurra, lo sabré. Ustedes lo atraparán sin violencia. Después, retendremos al niño y aguardaremos a que la parentela asustada se ablande tanto como para pagarnos sin chistar lo que les pediremos.

¿Cuánto? El hombre les dijo la cifra que había resuelto exigir, y Julián lanzó un involuntario silbido admirativo. Silvia, su pareja, le dio un rodillazo disimulando su asombro.

—¿Y cómo vamos a repartir la torta?

—Por mitades, una para mí y la otra para ustedes, pero de allí deberán sacar lo necesario para conformar a ese amigo que me han dicho tiene un refugio en el Tigre, el aguantadero que me han propuesto ustedes mismos como lugar idóneo y que yo he aceptado porque, de acuerdo a lo que me han dicho, me parece discreto y seguro.

—De acuerdo —dijo Julián, resolviendo por él y por su compañera. Había pensado discutir el tema del reparto del botín con el cómplice y que la distribución fuera por tercios, ya que ellos eran dos y él sólo uno y además, porque tenían que dar una parte al dueño del escondite, pago ineludible que menguaría sus tajadas. No obstante lo que había elucubrado previamente, la cuantía de la suma enunciada hizo que desistiera de requerir más. La mitad de lo que exigirían era un montón tan grande que no podía poner reparos. Nunca jamás había visto tanta guita junta. Ese rescate haría historia.

—Aquí hay un dossier completo —les dijo el hombre poniendo sobre la mesa unos papeles escritos a máquina. Julián lo miró sin entender de qué se trataba. Ante su expresión interrogativa el otro le aclaró—: es un compendio, una síntesis de cuánto deben saber respecto del chico Martín y de la familia Pereda. Se lo estudiarán y después me lo devolverán. Quiero destruirlo yo mismo. No me gustan los papeles sueltos que luego, si cayeran en manos de la policía, podrían llegar a ser pruebas incriminatorias. ¿Entendido?

Asintieron. Su compinche estaba en todas, no se le escapaba nada.

—¿Se toma una ginebra con nosotros, don…? —propuso Julián.

—No gracias, no bebo alcohol —respondió el visitante—, y no lo tomen a mal, pero esta no es una reunión social. Vamos a repasar el plan, punto por punto.

La conversación fue larga y meticulosa. Él mismo les leyó el contenido de la carpeta para eliminar todo posible error en su interpretación, comentando incisivamente cada párrafo y comprobando lo entendiesen.

—¿Les queda alguna duda? ¿En algo no estamos de acuerdo?

Julián y Silvia negaron con sus cabezas.

—No, don —aseveró Julián—, nos parece perfecto.

—Entonces, basta por hoy —concluyó diciendo—: el papá se volverá al campo enseguida y, tal como se los he explicado, dejará al chico con su abuela anciana y con sus tíos. Ya saben, gente mayor y ocupada. El menor quedará mayormente a cargo del servicio doméstico. Les he dado los datos de todos y cada uno para que se los estudien a fondo. Ellos no se pueden siquiera imaginar lo que va a ocurrir… Están muy confiados en su posición, como si fueran intocables…

El nene va a meter «la mano en la trampa» solito, ya lo verán, saldrá todo a pedir de boca.

2

ANTES DEL AMANECER

Despertó antes del alba y se vistió con rapidez. Aún se hacía sentir el frío de la noche, pero en la estancia Las palomas, allí, en el corazón de La Pampa, el aire inmóvil vaticinaba una jornada calurosa de inicios del verano. Sobre la silla del dormitorio estaba dispuesta la ropa que usaría durante el viaje a Buenos Aires y al lado de esta había dos maletas ya cerradas, una grande, con su indumentaria y efectos personales y otra más pequeña pero pesada, repleta exclusivamente con los libros de estudio que debía llevar consigo más algunas novelas e historietas para amenizar las horas de soledad.

Sus hermanos dormían en el dormitorio de al lado. Trató de no hacer ruido para no despertarlos. Tenía la orden de dejarlos dormir, porque era muy temprano aún para ellos. Los atisbó por la puerta entreabierta y les dio un silencioso saludo de despedida. Se lavó la cara y domeñó el pelo rubio y rebelde. Dio una vuelta por la casa vacía como para atesorar lo que veía; los cielorrasos altos, las paredes encaladas, los cuadros con escenas rurales, el robusto mobiliario de roble, los cueros vacunos a modo de alfombras… Reprimió un suspiro.

Sus padres ya se habían levantado y lo esperaban en el comedor principal para desayunar. La madre, Angélica, aunque no acostumbraba empezar la jornada tan temprano, había madrugado porque no quería estar ausente en la despedida. El niño se lo agradecía. Necesitaba su apoyo. No

era fácil el camino que iniciaba. Se alejaba de lo que hasta ese momento era su hogar para vivir en casa de la abuela paterna en Buenos Aires. Claro que no sería para siempre, sino por un par de meses, pero preveía duro no contar con padres y hermanos durante tantos días como los programados y, además, teniendo que afrontar el laborioso examen de ingreso al colegio, órdago para el que no faltaba mucho.

Se encaminó a paso rápido para desentumecerse. El casco de la estancia ya destacaba su blancura en la bruma de la aurora y el parque que lo circundaba iba emergiendo de las sombras. Sus padres estaban sentados a la gran mesa de lapacho del comedor de invierno. Juliana, la mucama, le llenó la taza e, inusitadamente, se atrevió a hacerle una caricia en la cabeza.

—Te vamos a extrañar —exclamó—, Berta te ha preparado los escones que tanto te gustan. No te vayás a olvidar de nosotras.

Martín le sonrió no atinando a responderla. Sabía que, tanto la mucama como la cocinera, lo mimaban cuánto podían. Tomó el café con leche y comió los *scones* con desgano, sin conversar con los mayores, sumido en sus pensamientos y consciente de que aquel era un día importante en su vida, un cambio radical en sus hábitos y panoramas.

Los dos bodegones que adornaban aquella habitación, con imágenes de patos muertos colgando de sus patas sobre frutas y cornucopias, le quitaban el apetito si fijaba en estos su atención. ¡Pobres bichos!, pensó, acabar así, de la laguna a esperar la olla.

—¡Ánimo! —le dijo su padre, don Feliciano, al notar que guardaba silencio— ¡Comienza la aventura! —agregó pensando que con tal calificativo soliviantaría su depresión—. Va siendo hora de partir —apremió—.

¿Todo listo Martincito?

—Sí papá.

—Andando, entonces.

Madre le acarició las mejillas.

—Me gustaría despedirme de mis hermanos —insinuó el niño—, darles un beso.

—Mejor déjalos dormir, ya los abrazaste anoche y es muy temprano para levantarlos. Si salen de la cama ahora la mañana se les hará eterna.

Encogió los hombros resignado. «Felices ambos —pensó—, arropados como lo están bajo las frazadas y yendo a reencontrarse luego con sus amigos».

Ellos y su madre regresarían por la tarde, agotado el fin de semana en el campo, a la casa del pueblo y a la rutina hebdomadaria. ¡Cómo los envidiaba!, aunque a la vez estaba orgulloso de la confianza que se depositaba en su persona y de la libertad que gozaría para manejarse solo en Buenos Aires.

Salió a la galería. Tras las celosías de madera cubiertas de jazmines, el parque, ya visible, estaba todavía envuelto en la niebla matutina que no tardaría en disiparse. Los eucaliptos y sauces llorones plantados por su abuelo habían sido invadidos por las acacias negras que cubrían los espacios otrora libres y le daban al predio un aspecto selvático. Se había levantado una brisa suave que era helada. Siempre ocurría así; al despuntar el día prometía ser frío y a media mañana brillaría un sol de justicia que rasgaría la tierra. Aspiró con fruición para embeberse de los aromas del campo. Alzó lo ojos al cielo. Ya se habían apagado las estrellas y comenzaba a clarear. Tenía deseos de dar un último paseo por donde acostumbraba a deambular

—¡No pises el pasto que está todavía mojado! —le advirtió su madre. Aceptó la orden y entró para terminar de alistarse.

Poco tardó en volver a salir y no pudo dejar de pensar en los placeres cotidianos que estaba a punto de perder. El caballo… ¿qué sería de él en Buenos Aires sin caballo?... ¿y los perros?... bueno, le habían prometido que cuando se instalasen allí le permitirían tener uno. Se acabó eso de acompañar a los peones en su jornada, recoger frutas en la quinta, ayudar en el riego de la huerta conduciendo el agua por las sementeras, abatir loros con el rifle que le permitían usar, las yerras y las domas… En fin, ¡eran tantas las cosas que ya no podría hacer ni ver!, que mejor no enumerarlas.

Divisó la pareja de pavos reales que paseaba en busca de alimento e intentó sin éxito ver al cervatillo guacho que criaban dentro del parque y que los matorrales ocultaban. Era un obsequio que le habían hecho los peones, quienes lo habían atrapado junto a su madre muerta, abatida por algún cazador desaprensivo. «Andará por allí», supuso. «En la casa de

abuela no hay pavos reales, ni ciervos —se dijo—, ni tampoco piscina, ni gallinero…los huevos se compran en un almacén y no hay que buscarlos en los nidales y a la leche la llevará un lechero sin tener que aguardar que finalice el ordeñe en el tambo… parece que todo será más aburrido…»

Era aún la lenta y apacible madrugada, y el sol se resistía a asomar, aunque pronto resplandecería tras los médanos. Cantaban los gallos. Un peón se dirigía hacia el tambo. Las vacas lecheras mugían reclamando a los terneros para darles de mamar. Quiso grabar en su memoria esa sinfonía de cacareos, balidos, relinchos y zurear de palomas que no escucharía por largo tiempo. Los caballos del personal estaban ya ensillados y el padrillo caracoleaba en su corral, reclamando el pienso y olisqueando la proximidad de alguna yegua. Los trabajadores todavía mateaban y comenzarían su diaria tarea en cuanto aclarara un poco más, aprovechando la fresca.

Siguiendo las instrucciones de su padre, don Feliciano Pereda, Martín entró en la matera y les dio los buenos días a todos los presentes. Los hombres se levantaron y le desearon buena suerte. El niño era muy querido por los paisanos, a quienes brindaba un trato cordial. Algunos le dieron ceremoniosamente la mano. Al salir de la cocina del personal, los perros lo rodearon agitando los rabos como si supieran que debían despedirlo y él los palmeó afectuosamente. El padre hizo sonar la bocina para instarlo a dejar las caricias y emprender el viaje. Subieron al coche. El encargado ya había dispuesto las valijas en el maletero. Su madre lo besó y abrazó. Luego se quedó para darle su adiós, cabizbaja y apoyada en la tranquera roja del parque.

Los árboles conformaban un fondo verde oscuro en el que se destacaba su rostro pálido. Martín quiso conservar esa imagen, como si fuese un cuadro.

Arrancaron despacio. El automóvil enfiló por el extenso acceso de tierra apisonada que, bordeado de álamos plateados, se extendía hasta el guardaganado de acceso al camino real. El chico se dio vuelta para ver la imagen de la finca cuyo caserío se iba desdibujando bajo la luz incipiente del amanecer y el polvo que levantaban las ruedas del vehículo. Alcanzó a distinguir al cocinero, don Navarro, agitando su brazo en un último saludo, acompañado del inseparable chucho lanudo que trotaba alrededor de

sus piernas. Los techos de tejas cerámicas coloradas iban quedando ocultos bajo la arboleda. La torre blanca de la casa patronal, el mirador erguido como contraste a la chatura del valle, fue lo último que desapareció de su vista.

Traspasaron el gran arco donde lucía, formado con mayólicas, el nombre del establecimiento y se reproducía en hierro la marca a fuego para el ganado adoptada por sus propietarios. Luego accedieron a la carretera recién asfaltada y emprendieron la ruta hacia la capital de la provincia. Martín reprimió un suspiro. Bien sabía que estaba dejando atrás un modo de vivir y que le aguardaba un duro aprendizaje.

3

SANDOKÁN, EL MAGNÍFICO

Ya castigaba el sol cuando llegaron a Santa Rosa. Como siempre, don Feliciano tenía múltiples trámites que efectuar en aquella ciudad. Gestiones en los bancos, ventas de cereales y de ganado formaban parte de su actividad en la capital de la provincia. El almuerzo en un restaurante cortó el hastío de ese ir y venir por oficinas y comercios sin atractivos para él. No veía la hora de embarcar, ¡no fueran a perder el tren! Feliciano le recordó que tenían toda la tarde por delante.

Un empleado del padre los llevó a la estación del ferrocarril en el mismo vehículo en el que habían llegado y que estaba cubierto de polvo. Hágalo lavar y téngamelo listo para cuando regrese, ordenó Feliciano. Tras una corta espera en los andenes, subieron al tren que, en el transcurso de una noche, los transportaría hasta la terminal Constitución, en Buenos Aires.

Le gustaban los viajes en tren y ese itinerario le era bien conocido por haberlo efectuado varias veces. El camarote con sus dos camas, el lavabo diminuto y la sobria decoración de los vagones —hasta hacía poco de propiedad inglesa— le pareció acogedor. Acomodó sus pertenencias y se asomó por la ventanilla.

El convoy arrancó con resoplidos de la caldera y rechinar de metales. El silbato de la locomotora a vapor marcó el inicio de la particular *Odisea* de Martín. Había leído a Homero en una edición para niños de la Editorial

Billiken y se sintió identificado con ese Ulises aventurero y venturoso, con la innata facilidad que tienen los niños de verse reflejados en los héroes de los libros y de los tebeos.

Pronto vio desaparecer la estación y empequeñecerse las figuras de quienes quedaban allí. La primera curva borró la estampa del apeadero y de los eucaliptos que lo rodeaban. La formación no tardó en abandonar el paisaje de casas suburbanas para adentrarse en el campo. La visión que tenía desde el tren era la misma que estaba habituado a observar en sus desplazamientos rurales: una llanura sin límites, arboledas escasas, ranchos perdidos en el horizonte, ganado moteando los pastizales y molinos de viento girando solitarios aquí y allá como vigilantes de la inmensidad. No tardó en aburrirse. El polvo comenzaba a invadir el interior del vagón y tuvo que bajar el cristal de la ventana. El traqueteo marcaba un particular compás que, al incrementar su velocidad el ferrocarril, se había hecho regular y monótono.

Feliciano, consciente de su amor por la literatura, le había regalado un libro para que leyera en el trayecto. Un feroz pirata ilustraba la cubierta amarilla. Era *Sandokán, el Tigre de la Malasia*, de Salgari, un autor que le fascinaba. Prometía ser divertido. Se dispuso a leerlo con avidez, pero el madrugón y el traqueteo hicieron su efecto. Se le fueron cerrando los párpados. Aunque los restregó y se desperezó en vano intento de continuar despierto. Reprimió un bostezo. El volumen quedó apoyado sobre su pecho, cercano al mentón. Feliciano lo contempló con ternura y extendió su cuerpo sobre la litera. La locomotora emitió un prolongado pitido, aparentemente sin causa alguna y se adentró en el atardecer. Estaba refrescando. Lo cubrió con una manta. En poco debía despertar al niño para cenar en el coche comedor.